

FRANCISCO TOMÁS Y VALIENTE: DE LAS “INQUIETUDES” AL COMPROMISO (1932-1996)

Marc Baldó Lacomba

Universitat de València

Resumen: El artículo estudia la politización de Francisco Tomás y Valiente, considerado como representante de la generación universitaria de 1956. Este texto destaca cómo la libertad y la convivencia emergieron en España, y la aportación del catedrático.

Palabras clave: Universidad. Oposición al franquismo. Generación de 1956.

Abstract: The article examines the politicization of Francisco Tomás y Valiente, considered as representative of the 1956 college generation. This text emphasize how freedom and coexistence emerged in Spain, and the contribution of Professor.

Key words: University. Opposition to Franco. Generation 1956.

SEMILLAS DE LIBERTAD

Tomás y Valiente perteneció a una de las generaciones universitarias más fecundas de la España de la segunda mitad del siglo XX. Se la llama a veces la generación del 56 o la de los “estudiantes con inquietudes”¹. Se trata de unas promociones que nacieron en los años treinta y los primeros cuarenta, fueron niños durante la guerra civil o en la inmediata posguerra y llegaron a la universidad a lo largo de la década de los cincuenta y primeros sesenta. Una parte de sus integrantes sentaron las bases para la convivencia, recuperaron las libertades, aprendieron a ejercer la pluralidad y tolerancia democrática y –culminación de este proceso– fueron agentes clave en la transición que con sus logros y decepciones debe mucho a todos estos protagonistas (Díaz, 1983 y 2010; Juliá, 2006, 2009 y 2010; Gracia, 2006; Mainer-Juliá, 2000). Tomás y Valiente fue uno de ellos.

Me apresuraré a comentar que el proceso de recuperación de las libertades en España que dio luz a la transición no se circunscribe ni a una única generación ni a la universidad. Fue un fenómeno social amplio y diversificado en el que participaron trabajadores (¿quién olvida al *nuevo* movimiento obrero?), emergentes capas medias, profesionales de todas clases, y ciudadanos de toda la pirámide de edad, fuesen de la “generación del 56” como nuestro protagonista o de generaciones anteriores o posteriores.

¹ Para el concepto de generación, desde una perspectiva histórica, sigo a Karl Mannheim (1993). Entiendo por generación a aquel grupo de personas que se ven condicionadas en su vida adulta por determinados acontecimientos históricos que sucedieron en su infancia y juventud. Los límites entre generaciones nunca están perfectamente delimitados, dándose cierta superposición. Estudiar generaciones se trata de una construcción para aprehender socialmente el tiempo. Sobre el concepto han aportado, entre muchos, Ortega y Gasset, Gramsci o Zygmund Bauman. Una síntesis reciente en Leccardi y Feixà (2011).

En el medio universitario, la generación del 56 (es decir las promociones de los cincuenta y primeros sesenta) no fue la única que tuvo una notoria aportación a la renovación y normalización de la cultura española. A ella deben añadirse las promociones de finales de los sesenta y primeros setenta, o si se quiere la *generación del 68*. Las promociones universitarias de una y otra etapa –1956, 1968– presentan, aún dentro de lo mucho que compartieron, rasgos diferenciados en su cultura política. En la primera, los universitarios defendían con gran contundencia valores políticos mucho más básicos y genéricos como la democracia, la igualdad, el socialismo, la plurinacionalidad de España, la tolerancia, la convivencia (“reconciliación”) de los ciudadanos..., mientras que en la segunda tenía importancia lo que Elías Díaz denomina “la falacia de la identidad” entre capitalismo y democracia, con lo que su derrotero fue más radical: en sus posiciones más representativas se apostaba directamente por la revolución, la superación del capitalismo, la denuncia del imperialismo (Díaz, 2010, p. 238). Proliferaron en las promociones universitarias del 68 grupos marxistas-leninistas y maoístas, mientras que en la del 56 el predominio era de formaciones de la izquierda histórica y el progresismo de corte liberal (comunistas, socialistas, demócrata-cristianos, cristianos de base, liberales, nacionalistas moderados). En las promociones de 68 tomó cuerpo un mayor el ímpetu libertario y se aspiraba a la liberación de las “ataduras burguesas”, lo que no se producía en los cincuenta, y en fin, en las formas culturales, expresiones, modas y gustos también tenían visibles diferencias.

En cualquier caso, la generación a la que pertenece Tomás y Valiente fue singularmente destacada en el proceso de recuperación de la libertad. Se caracterizaron, siguiendo a Elías Díaz (1983, 2010), por: *a*) recuperar la libertad, y *b*) superar la degradación de la universidad, *c*) reconstruir la razón, *d*) plantear para la sociedad española una cultura abierta y democrática que, por un lado, planteaba enlazar con la anterior a 1936 y, por otro, abría nuevas perspectivas democráticas y socialistas, superando así el aislamiento cultural del franquismo. Los alumnos de los primeros años cincuenta con sus “inquietudes” fueron los que primero alteraron intensamente la miseria cultural de la España de la posguerra. Esta *ruptura* con la cultura de la dictadura –podemos considerarla así– fue durante muchos años discreta y soterrada. La libertad brotaba “como brota la hierba en los tejados y en las juntas de las losas de piedra” dijo Julián Marías (1996 [1976], p. 574) y produjo brechas en la dictadura o, si se quiere, sembró “semillas de libertad”, en palabras de Enrique Múgica (2010, p. 181).

Seguramente, de lo más difícil de explicar en historia es el momento *de antes de* las emergencias de los fenómenos sociales, con sus inseguridades, timideces y vacilaciones. También en la historia de la recuperación de la democracia en la universidad y en la sociedad española el momento *de antes de* la efervescencia de la universidad antifranquista de la segunda mitad de los sesenta y los primeros setenta, es difícil de explicar. A los factores económicos y sociales deben añadirse los culturales que registraba la primera generación de quienes no hicieron la guerra. Surgieron entonces inestabilidades, irregularidades, desviaciones que captaron/provocaron los sectores más vivaces de los estudiantes de los cincuenta y que chocaban con el nacionalcatolicismo y su cultura arcaizante. En el desvío de la trayectoria influyeron, además de los culturales, los factores subjetivos, la construcción de ideas y creencias nuevas, de proyectos. Explicar la génesis de la libertad en España no debe circunscribirse (por inexacto) a factores mecanicistas y economicistas (el germen fue anterior al plan de Estabilización) que olviden los culturales y las numerosas trayectorias alteradas personales (del nacionalcatolicismo de la adolescencia al –pongamos por caso, comunismo–).

De ese fenómeno complejo nos ocupamos aquí, esbozando la trayectoria intelectual de Tomás y Valiente, paradigmático representante de la generación que dio los primeros pasos, balbucientes al principio pero firmes y seguros muy pronto, para cuajar la libertad en la universidad y en la sociedad española.

La figura de Tomás y Valiente tiene entidad, además de por lo que se acaba de señalar, por su aportación a la historiografía y a la jurisprudencia (Clavero, 1996 y 1998, Lorente 2000 y 2011). Pero aquí, sin embargo, nos interesa como exponente de una generación de universitarios que hicieron “crecer la hierba” de la democracia “entre las junturas de las losas de piedra” de aquella dictadura que aprisionaba a todos y sembraron “semillas de libertad”.

ESTUDIANTE CON INQUIETUDES

Francisco Tomás y Valiente nació en Valencia el 8 de diciembre de 1932. Sus padres, José y Otilia, eran de Alpera y Almansa, pueblos de Albacete cercanos a Valencia. En esta ciudad se instaló su padre que fue empleado de un banco. Francisco Tomás, el menor de cinco hermanos, vivió la República y la guerra de niño. Los primeros recuerdos que impactaron su memoria, según cuenta en una breve y bien estructurada “Autobiografía intelectual y política” fechada en Benicàssim en enero de 1990, fueron de la guerra: los bombardeos de la ciudad, los reflectores y sirenas que los anunciaban, la bajada precipitada por la escalera a refugiarse en la portería de la casa y el espanto que todo ello causaba. Cuando se intensificaron los bombardeos y las escaseces, sus padres lo enviaron a Alpera, con su abuela y tías. Allí acabó de pasar la guerra.

La guerra marca la vida de su familia y en alguna medida la suya. Muchos años después, en 1990, con motivo de unas jornadas sobre la administración de justicia en la guerra civil, lo recuerda y considera que lo que pueda decir sobre el conflicto está “transido” por esa circunstancia familiar y personal: “dada mi edad, soy hijo de españoles que hicieron la guerra. En concreto mi padre no la hizo por razón de edad, pero mi hermano y todos mis tíos hicieron la guerra, y me considero, por tanto, miembro de una familia que hizo la guerra, de una de las familias que hizo la guerra y la perdió” (Tomás y Valiente, *O.C.*, p. 5418). Eran, además, republicanos, lo que les pasó factura al acabar el conflicto: uno de sus tíos, hermano de su padre, fue fusilado en noviembre de 1940. “Aún recuerdo a mi padre –escribe en su *Autobiografía*– subiendo los cuatro pisos de la escalera sin ascensor de mi casa, cargadas sus espaldas con la noticia del fusilamiento” (*O.C.*, p. 3). Dice Tomás que a su tío Paco, de quien guardaba copia de la carta que escribió en capilla a su viuda e hijos, lo mandaron fusilar en Chinchilla y después llegó el indulto (*O.C.*, p. 5421). A su abuela, la madre del fusilado, le dijeron que falleció de pulmonía, mentira compasiva que la mujer nunca quiso indagar. No era el único caso que a los padres, si eran muy mayores, se les ocultaba la perpetua ausencia de un hijo, si es que ocultar una cosa así a una madre es posible.

Estudió primaria en el Colegio Público Balmes, en el barrio de Ruzafa, y en 1943 aprobó el ingreso de bachiller, tras las clases de preparación que recibió de un maestro conocido de la familia que preparó a unos pocos chicos y de quien tiene grato recuerdo. Empezó el bachillerato, que cursó completo (entonces eran siete años) en la Academia Martí, un centro donde daban clase profesores depurados por el franquismo junto con algunos

jóvenes licenciados, y a cuyas aulas enviaban a estudiar a sus hijos empleados y capas medias republicanas de la ciudad, como hizo “conscientemente” la familia de Tomás. Estudiar el bachillerato completo en la época si se pertenecía a una familia que no era económicamente sobrada, se concebía como meta para hallar una buena colocación de empleado, mejorando así, tal vez, la paterna.

Tomás y Valiente devoraba desde jovencito abundante literatura. Su pasión por la lectura arranca de la época de la escuela primaria. Recuerda haber leído de lo que había en su casa, que no era mucho, *La vuelta al mundo* de Blasco Ibáñez o, cuando preparaba el examen de ingreso, *El Quijote*. Ya en la Academia Martí, de la mano de un profesor de literatura que le resultó estimulante, Antonio Tormo, intensificó esta pasión, y fue lector de Dickens, Shakespeare, Cervantes, Baroja, Balzac, Pirandello, Galdós, Valera, san Juan de la Cruz... (*O.C.*, p. 5). Este profesor fue quien le descubrió la Biblioteca Popular de la Plaza de la Virgen, situada en la Casa Vestuario, donde los jóvenes encontraban novelas y poemarios de hojas amarillentas y puntas doblada (Arazo, 2007). Además, en Alpera, donde iba a pasar los veranos hasta los 17 años, ocupaba largas horas leyendo los libros de un primo suyo –Eugenio D’Ors, Unamuno, Ortega, Azorín, Antonio Machado, Gabriel Miró o *La voluntad de dominio* de Nietzsche o la *Historia de la filosofía* de Julián Marías– que estudió magisterio y filosofía y letras y se enroló en la División Azul (“cosas que pasan en familias” dirá Tomás) y del que cuenta que murió en Leningrado.

Acabado el bachillerato en 1950, en una España todavía con restricciones eléctricas y en la que, exactamente ese año, se levantaba el racionamiento, continuó sus estudios en la universidad. Entonces seguir carrera universitaria a hijos de familias trabajadoras y modestas no era “lo natural”: comportaba muchos sacrificios y arrancaba dudas e inseguridades. Se matriculó en primero de derecho en 1950, pero como alumno *libre*, porque su padre había conseguido un empleo para él en el banco, con lo que compatibilizó ese curso trabajo y estudios. Sin embargo, el apoyo familiar y la insistencia del joven en estudiar, hicieron que abandonara el banco y se convirtiera en estudiante a tiempo completo y de matrícula oficial los restantes cuatro cursos, lo que era toda una fascinante aventura para un chico con gran curiosidad intelectual. También era un enorme sacrificio para la familia y, a su la vez, comprometía al joven en el rigor con que debía tomarse los estudios. La circunstancia de *empezar* la carrera conciliando trabajo y estudios, cursando el primer año como alumno libre, por otro lado, se repite en otros universitarios de la misma época que, como Tomás, iniciaban la carrera a modo de tanteo. La universidad de 1950, ciertamente, no era todavía exactamente el espacio de hijos de empleados modestos de banco sino un espacio burgués (Fernández Buey, 1991, p. 477). En este sentido, nuestro protagonista pertenece al grupo de universitarios que empezaron a romper el techo de cristal de una universidad restringida y elitista. No sería, desde luego, el único techo que él y muchos otros de su generación rompieron, como vamos a ver después.

En la facultad fue un estudiante brillante, como revela su expediente.² Allí descubrió a algunos maestros: Víctor Fairén que dirigió su tesis doctoral años después, Font Rius, José Viñas, Francisco Murillo Ferrol y, de la vecina facultad de letras que con derecho compartía el mismo edificio, a José María Jover, un joven catedrático de los pioneros de la historia social, al que recuerda. Pero el primer profesor que le impactó –y lo evocaba en

² Arxiu de la Universitat de València, Expediente de Francisco Tomás Valiente, PDI, caja 218/13.

su autobiografía directamente y con naturalidad– fue José Cortés Grau, catedrático de derecho natural y entonces vicerrector. Era –nos lo describe– un profesor recio, muy conservador y franquista que le deslumbró porque “pensaba y transmitía de modo brillante su pensamiento, invitaba a leer y reflexionar”, le hizo participar en un seminario para unos pocos estudiantes interesados en el que se compararon *Las Confesiones* de san Agustín y las de Rousseau y, además de todo esto, le dedicó algún tiempo, lo que Tomás siempre agradeció (*O.C.*, p. 7).

También la facultad le brindó –y esto, además de rasgo común de toda una generación es más importante– la oportunidad de conocer a compañeros que compartían idénticas pasiones e “inquietudes”, entre las que debe destacarse el interés por la lectura, el teatro, el cine, la música y, en una palabra, la curiosidad intelectual. Los “estudiantes con inquietudes” eran jóvenes curiosos, despiertos, críticos, a los que no satisfacía la dictadura ni el limitado horizonte cultural que les brindaba aquella universidad impregnada hondamente por una posguerra cultural durísima. Fueron estudiantes que advirtieron pronto, que el mundo cultural franquista era un cadáver que no les aportaba nada, o les aportaba muy poco. No ha de extrañar que los más audaces manifestasen su hartazgo ante “tanta y tanta palabrería estéril”, se mostrasen críticos “ante los hombres, las cosas y las ideas”, y buscaran novedades a aquel rancio horizonte cultural, según reconocía el joven ingeniero Martín Villa, dirigente del SEU (cit. Ysàs, 2004, p. 216).

Además, fue la primera generación que hizo amigos a estudiantes con independencia de ser hijos de *vencedores* o *vencidos* (Juliá, 2011, p. 219). No es éste un detalle nimio de su biografía intelectual ni de la de muchos otros compañeros. Aquellos estudiantes fueron los primeros que empezaron a ver la guerra (a interrogarla, ciertamente) con *otros ojos*, a poner en cuestión la “memoria” que había construido la dictadura no sólo de la guerra y la República sino de la misma historia de España. Aquellos estudiantes, hijos de familias combatientes a uno y otro lado de las trincheras, escribieron el que puede considerarse el primer manifiesto generacional donde pedían, además de un congreso nacional de estudiantes, libertad y diálogo, una “convivencia civil digna y estable entre los ciudadanos de nuestro país” (cit. Mesa, 2006, p. 65). Tierno Galván registraba el cambio y decía que una nueva generación de veinte a veintisiete años en 1956 “crujía el armazón construido por el régimen” para sostener sus imposturas (Tierno, 1981, p. 115). En los años cuarenta, cuando todavía iban por las aulas estudiantes con correa, hubiese sido imposible esta complicidad que creaban los estudiantes de los cincuenta y mostraba un cambio de cultura política. Guardemos memoria del fenómeno, porque, no cabe duda, está en la raíz profunda del consenso de 1978.

Para determinar en qué consistían las inquietudes de Tomás y Valiente y sus compañeros, debemos atender las experiencias políticas de las que partieron, cómo las remodelaron, así como los recursos de que se sirvieron para esa mudanza. Los estudiantes con inquietudes eran gente que se sentía atraída por la cultura y sentía preocupación por la sociedad que les rodeaba. El fenómeno no se ceñía a España, sino que tenía una dimensión Occidental que se intensificó a medida que creían y maduraban los que eran niños en los años de la Segunda Guerra Mundial y vivían el crecimiento que en los cincuenta empezaba a manifestar sus efectos. En España, a decir de Laín, estos jóvenes sentían “viva desazón” por el país y le hacían a “nuestro régimen” una “crítica acuciosa” (cit. en Mesa ed., 2006, pp. 45-53). Javier Muguerza, de esa generación, hablaba de “destemplanza” (cit. por Muñoz-Soro, 2009, p. 3), de una actitud crítica con la dictadura y de una posición

abierta al mundo. En los cincuenta y primeros sesenta miraba a Europa (la generación del 68 miraría más al Tercer Mundo, a Argelia, a Cuba) y aspiraban al reencuentro político con la Europa abierta y democrática. Las reflexiones de unos se potenciaban con las de otros formando interacciones y bucles que les permitieron definir y construir un pensamiento propio, en el que tenía destacado papel la conciencia del sentido de la justicia social y las condiciones de vida de los conciudadanos que, sin duda, pasaron a ser prioridad, desplazando cuestiones que habían resultado atractivas a generaciones universitarias anteriores como la identidad del *ser de España*.

Pero la construcción de un pensamiento propio no era sencilla para nadie. Tampoco lo fue para Tomás y Valiente. Partía nuestro protagonista de una situación familiar escarmantada por el compromiso político republicano. En su casa no se hablaba de política, aunque los gestos delatasesen las actitudes y el joven Tomás hubiese leído la carta de despedida a la familia del tío fusilado, guardase una copia y, desde entonces odiase a Franco –al menos eso confesará años después– y se opusiese (no como su profesor Corts) a la pena de muerte. Pero la facultad y las actividades culturales, las lecturas y cine-clubs, las conversaciones con los compañeros... modificaban, con prudente estrategia, las posiciones suyas y de los demás escolares y les hacían madurar y tomar decisiones y convicciones en un camino ni sencillo ni directo. En este camino algunos estudiantes de aquellas promociones se encontraron con el SEU, como le sucedió a Tomás y Valiente (otros se encontraron con el PCE, otros con los grupos católicos de base...).

El SEU de los años cincuenta, el que conoció y al que contribuyó Tomás y Valiente, era distinto al de la década anterior (Ruiz Carnicer, 1996; Hernández Sandoica, Ruiz Carnicer y Baldó, 2007; Rodríguez Tejada, 2009, v. I). Esta organización conoció en estos años –jefe nacional Jorge Jordana, jefe del distrito valenciano Vicente López Rosat– una importante mudanza: una parte de los que dirigían su “primera línea”, además de cultivar el pensamiento de José Antonio y Ramiro Ledesma, desarrollaron posiciones críticas a los “logros” sociales que había conseguido el franquismo, profundizaron en la *España como problema* de Laín, seguían a Dionisio Ridruejo, se proponían reactivar la vida política del SEU y captar a estudiantes *con inquietudes*. El SEU se remozó, apostó por un limitado aperturismo sindical, permitió que en su seno y de manera perfectamente vigilada emergiesen posiciones políticas con divergencias, algunas vacilaciones y cierta confusión. Y probablemente lo más importante y exitoso para la organización falangista universitaria fue que abrió nuevos espacios de fomento de la sociabilidad y la cultura, como el Club Universitario, el Hogar del SEU, el Colegio Mayor Alejandro Salazar que ofrecía 34 plazas. Algunas de estas entidades todas ellas inauguradas en enero de 1954, precisamente el día anterior a la manifestación convocada por el SEU contra la visita de Isabel II de Inglaterra a Gibraltar, que acabó entregando un manifiesto al gobernador Salas Pombo, con palabras de éste en el balcón y después de ese acto, por decirlo como la prensa, “no sin que hubiera de intervenir la fuerza pública” contra los estudiantes más falangistas que proseguían la marcha, según decía *Las Provincias* (26 de enero de 1954).

Así pues, el SEU, que intentó atraerse a estudiantes con inquietudes, les ofrecía diversas actividades y algunos se vieron atraídos por ellas. Tomás y Valiente fue uno de los que se incorporaron a su órbita. Lo veía como “una cápsula de libertad vigilada y controlada” (*O.C.*, p. 7) que le permitía, a él y a otros, organizar actividades culturales, participar en albergues veraniegos, escribir en la revista universitaria *Claustro* y tener una cierta notoriedad entre diversos compañeros. Estas actividades permitidas estaban todavía muy lejos

de la rebeldía que cuestionaba los fundamentos y valores del régimen. Aunque borboteaban nuevas ideas, todavía no había oposición. La rebeldía universitaria cuajó en Madrid –1956– y Barcelona –1957– antes que en Valencia, cuyo aldabonazo equivalente sucedió en 1962 (Baldó, 2008).

El SEU valenciano de los cincuenta, el que conoce y en el que opera Tomás, tenía pinceladas de discrepancia y heterodoxia que son las que probablemente llamaron su atención. Cuando reconstruye su biografía señala que había, desde luego, jóvenes deslumbrados por José Antonio y muy críticos con el franquismo; había otros que se consideraban seguidores de Ortega y Gasset, y en tercer lugar estaban los que él denomina “ambiguos culturalistas” donde se situó muy pronto, probablemente porque se adaptaba bien a su personalidad de chico independiente y a su pasión de joven intelectual (ávido lector) que se formaba. En este grupo se hallaban –nos dice– Alfonso Ortí y Francisco Jarque, de la facultad de letras; Francisco Pinés de ciencias; José García Lahiguera de medicina, y de derecho Fernando García Lahiguera, José María Iborra, Carmelo Torrijos, Fernando Vidal y el propio Tomás. Hacían vagas críticas, se proponían cambiar el sistema desde dentro (al menos así lo interpretaba Tomás años después), empezaban a romper “los barrotes de la jaula” de la dictadura (Morodo, 2010, p. 296), y sobre todo, desarrollaban actividades que les hacían crecer y a Tomás y Valiente le ayudaron a pensar por su cuenta.

Una de ellas eran los albergues. Según confiesa, en uno de ellos oyó hablar de política “con ánimo crítico y en contra de Franco, con las debidas cautelas” (*O.C.*, p. 7). Otra de estas actividades eran sus colaboraciones en la revista *Claustro*, donde publicó cuentos, comentarios literarios y dos artículos más políticos, en uno comentaba la política económica y corporativa de Salazar, y en otro simulaba un diálogo sobre el SEU donde los dos interlocutores además de citar a Laín y Ortega (faltaría...) señalaban pros y déficits de las “realidades” del SEU, en las que destacaban las actividades culturales y los albergues como realizaciones estimulantes (*O.C.*, p. 5183). Para algunos estudiantes fue importante la asistencia a campos de trabajo (el SUT) que hacían durante los vacaciones organizados por el SEU, en los que hubo compañeros que conocieron directamente otras maneras de vida y se concienciaron y comprometieron a luchar por la igualdad social (Juliá, 2012, p. 21); a otros estudiantes, como a Tomás, no les hacía falta esta experiencia: tomaban el pulso a la vida de los trabajadores en sus propias casas y familias.

La otra actividad, en fin, la más importante para Tomás, es la animación cultural, para cuyo desarrollo se sirvió del cargo de secretario del Club Universitario del SEU, desde donde organizó el cine-club (que enseñaba a ver el mundo de manera diferente a como lo expresaba el franquismo), el grupo de Teatro Universitario, una revista oral y como actividad más destacada (en ella puso todo su empeño Tomás y buscó recursos en el rectorado de Corts, su profesor de natural) destaca montar la biblioteca del Club Universitario, a la que incorporó el consabido existencialismo, obras de Marx, de crítica al marxismo (Yves Calvez), y mucha literatura publicada por la editorial Losada de Buenos Aires y en *Le Livre de Poche* de París.

En cualquier caso, el borboteo de ideas pasaba principalmente por la lectura y la animación cultural. Algunos de aquellos universitarios se comentaban, se recomendaban y se prestaban libros. Fueron grandes lectores que adquirieron “el hábito de informarse por sí mismos” (Clavero, 1996, p. 336) y conformaron, a decir de alguno de ellos una “generación literaturizada” (Cucó-Olmos-Soler, 2005, p. 2011). Tomás y Valiente leyó desde que supo, y nunca dejó de hacerlo. Su repertorio de lecturas, más allá de libros de derecho y

literatura, se abrió al existencialismo y al marxismo. Especialmente (como era denominador común en los cincuenta) al primero: Gabriel Marcel, Jean Paul Sartre, Merlau-Ponty y, con gran pasión en su caso y en el de muchos de sus compañeros, Albert Camus con la obra estrella de este autor *L'homme révolté*. De este escritor Tomás llegó a dar “alguna conferencia” de las que los estudiantes se organizaban en una emergente y todavía tímida universidad paralela. Del marxismo reconoce haber leído *El capital*, del que reveladoramente dirá que en los primeros libros “está todo Dickens, sin sensiblería y con lenguaje acerado, hiriente, preciso” (*O.C.*, p. 13).

Al marxismo y al existencialismo se añadía una literatura religiosa, de moda entonces, y que ayudaba a muchos adolescentes y jóvenes a reflexionar las dudas de su fe, aunque este no era el caso de nuestro protagonista, que, aunque de niño se considera creyente, dice haber perdido pronto la fe. El desasosiego religioso no fue una zozobra particularmente perturbadora en nuestro personaje, si atendemos a lo que ha dejado escrito. Sobre Dios en su casa “se hacía el silencio”, y pronto Tomás y Valiente se instaló en “un sereno agnosticismo” convencido de que la religión no aporta respuestas convincentes a las preguntas sin respuesta, doblegándose a la evidencia “de que son los hombres los que crean a los dioses y no a la inversa” (*O.C.*, p. 5). Con todo, en grupos de estudiantes muy lectores, no faltaron lecturas para digerir, racionalizar y asumir estas cuestiones, como Unamuno, Edward Schillebeeckx, Ranner, Romano Guardini, Hans Küng...

En resumen, estudio, voracidad lectora, insaciable curiosidad que no apagaban las diversas actividades culturales en buena medida organizadas por los propios estudiantes con inquietudes, ambición por superarse y una eficiente argamasa de amistades personales que se ampliaban y potenciaban mutuamente sus audacias.

Informarse por sí mismos, enseñarse dialogando con los compañeros, considerarse como una generación que aprendió a “descubrir mediterráneos” (*O.C.*, p. 5198), son casi tópicos de todas las cohortes de estudiantes de aquellos años que se repiten en buena parte de la literatura memorialista que los protagonistas han escrito. También en Tomás y Valiente, quien explica que tener inicialmente ideas claras no es sencillo. “Muchos españolitos –escribe en 1996– afirmaban su personalidad –escribe– corrigiendo errores propios, oyendo ambiguas voces ajenas y leyendo con avaricia libros escritos lejos de aquí que parecían de un planeta imposible, inalcanzable en su libertad” (*O.C.*, p. 2480). La idea de desamparo, de construcción propia, de titubeante camino, de dar tumbos, de andar y desandar (una idea, por lo demás muy moderna) la repetirá varias veces y de formas distintas. Para él, 1939 fue una “guillotina”. Los “mejores cerebros” perdieron la vida, se exiliaron o enmudecieron aterrados por la dictadura. “Los de mi edad –decía en 1993– aprendimos lo poco o mucho que cada cual sepa *a contracorriente*: desmontando enseñanzas recibidas, corrigiendo errores, leyendo libros rescatados de un olvido impuesto, enterándonos con décadas de retraso...” (*O.C.*, 2293).

Aprendían aquellos estudiantes “a contracorriente”, entre las grietas de lo que en aquella universidad y sociedad era posible, y lo hacían rectificándose, desdiciéndose, “corrigiendo errores”. Siendo ciertas estas afirmaciones, añadiremos nosotros que Tomás y Valiente lo veía con esa claridad diáfana que acabo de citarle muchos años después. Con la perspectiva de la madurez, en los noventa, cuando ya hacía muchos años que había escapado a lo que había aprendido siendo estudiante y joven profesor y luego había rectificado y desaprendido. Pero cuando era un estudiante con inquietudes (1950-1955), tan sólo había empezado el proceso.

DE LAS INQUIETUDES AL COMPROMISO

La inflexión

Ese proceso de ir a contracorriente maduró en pocos años, pero hasta que Tomás y Valiente no llegó a Salamanca como catedrático numerario de historia del derecho en 1964, no pudo desarrollarlo. Antes de ocupar esta plaza, quien aspiraba a carrera universitaria, sólo de forma limitada podía ir a contracorriente. Las limitaciones eran muchas cuando dependía, como estudiante, del expediente que rellenaban con sus calificaciones unos catedráticos tan solventes en doctrina franquista como autoritarios. Sólo se podía ir moderadamente a contracorriente haciendo una tesis que asignaba o “daba” un catedrático. Sólo se podía ir a contracorriente limitadamente cuando el primer escalón en la carrera académica era conseguir, mediante concurso-oposición, una plaza de adjunto que pasaba por un tribunal. Ir a contracorriente con nitidez antes de ganar la cátedra era muy difícil si se quería conseguir ésta. De modo que los años que van de 1955 a 1964 fueron decisivos en la conformación profesional y también en la personalidad intelectual (universitaria o científica y cívica o política) de Francisco Tomás. Decisivos y complejos. Prosigamos, pues.

Acabada la licenciatura, Tomás y Valiente entró en la Universidad como ayudante en octubre de 1955 en la cátedra de derecho procesal, con Víctor Fairén, quien le dirigió la tesis doctoral leída en diciembre de 1957 sobre *El proceso monitorio* (un tipo de proceso rápido por deudas que en España se había mantenido hasta el siglo XIX, pero que en otros países seguía en vigor). El tema, aunque alejado de sus posteriores intereses y especialización académica, lo supo abordar con amplitud, tanto desde la perspectiva histórica (se remontaba a la baja edad media), como desde el derecho y la historia comparada (Alemania, Italia, España), lo que le aportaba versatilidad formativa.

El año siguiente, en octubre de 1958, ganó una plaza de profesor adjunto de la cátedra de historia del derecho de Valencia con Juan García González, aprovechando la oportunidad de la convocatoria y cambiando así de especialidad (de procesal a historia), entre otros factores porque aún no estaban muy marcadas las áreas de conocimiento de derecho. Los profesores adjuntos tenían un contrato cuatrienal prorrogable por otro cuatrienio. Tomás agotó el primero en 1962 y se le prorrogó la adjuntía; se presentó entonces a una cátedra de historia del derecho sin conseguirla³. Pero en junio de 1963 se trasladó a la cátedra de historia del derecho de Alfonso García Gallo de la Universidad de Madrid, factótum de la disciplina, cuya vinculación le aportaba facilidades para la promoción a una plaza de catedrático numerario. Para ser catedrático, Tomás entendió que debía trasladarse de adjunto de historia del derecho en Valencia a Madrid, además en la capital se le ofrecían más contactos y oportunidades. La consecución de una cátedra, por otro lado, obligaba a pleitesías y “lealtades no siempre confesables” (*O.C.*, 4755). Una de ellas, que no siempre se relaciona con la cátedra, sino también con el protocolo académico, era reivindicarse “discípulo de”. Tomás y Valiente reconocía en prólogos —donde se escriben cortesías, agradecimientos y deudas reales o ficticias— tener dos maestros (Fairén y García Gallo) a falta de uno. Pero como ha explicado Clavero, “desde temprano, Tomás y Valien-

³ *Ibid.*

te no cuenta con más magisterio que el propio” (1996, p. 36). En cualquier caso, en 1964 ganó una cátedra de historia del derecho, lo que le permitió ser profesor de la asignatura en la Universidad de Salamanca desde octubre de 1964 hasta 1980.

Su fase de seústa acabó con un mayor grado de vinculación al finalizar los estudios, cuando entró como profesor ayudante en la facultad, leyó su tesis doctoral y concursó a profesor adjunto e inició la carrera universitaria. Entonces fue nombrado director del Colegio Mayor del SEU de Valencia, Alejandro Salazar, en noviembre de 1957 y mantuvo el puesto hasta 1960⁴. Dice nuestro protagonista que pretendía hacer de ese colegio una entidad de preparación de élites como lo era el Colegio Mayor del SEU de Madrid, César Carlos. Es una explicación bastante extraña: ¿un centro de preparación de élites en Valencia, en la periferia de los espacios donde se cuece el poder? No parece convincente, ni siquiera aunque el SEU crease colegios mayores en provincias a partir del modelo del César Carlos, de esta categoría sólo cabía uno. Pienso, por el contrario, que probablemente aceptar la dirección le daba notoriedad y prestigio al joven profesor Tomás, le permitía, desde la dirección del Colegio Mayor intensificar, sus actividades culturales, y, sin duda, era una forma de completar los ingresos de un joven profesor ayudante a punto de leer su tesis doctoral (lo hizo el diciembre siguiente) y dispuesto a iniciar carrera universitaria. Hacer carrera universitaria a un hijo de familia trabajadora no debía ser nada sencillo: significaba prepararse oposiciones, primero a adjunto y luego a catedrático, y disponer del tiempo que requiere todo ello sin tener un trabajo de jurista que le distrayese del estudio, de ahí el recurso a dirigir un Colegio Mayor.

También fue entonces cuando dio clase de Formación Política a los estudiantes de medicina y ciencias. Su nombramiento se produjo a mitad del curso 59-60 por ausencia del profesor José Jiménez-Blanco, ayudante entonces de Murillo Ferrol, que hizo un viaje de estudios. El nombramiento se prolongó los dos siguientes cursos⁵. En estas clases se sirvió del *Derecho constitucional comparado* de Manuel García-Pelayo y otros textos entre ellos algún pasaje de Duverger. Merece destacarse la audacia de recurrir a García-Pelayo, profesor de derecho constitucional autoexiliado y que años más tarde fue el primer presidente del Tribunal Constitucional. Audacia, porque en medio de aquellas tristes leyes del Movimiento, el profesor que se autoexilió a Venezuela publicó en 1950 un tratado de derecho constitucional homologable a los europeos en la *Revista de Occidente* y en 1959 alcanzaba la quinta edición (García Pelayo, 2009). En este manual, que sorprende a cualquiera que conozca lo que era la España y la universidad de los cincuenta, se plantea la teoría de la constitución y el estudio del derecho constitucional del Reino Unido, Estados Unidos, Francia, Suiza y la URSS. Dar clase de Formación Política, además, aportaba un discreto ingreso y se encargaba a jóvenes profesores de derecho que tenían relación con el SEU y en su nombramiento se señala que dirigía el ‘Alejandro Salazar’. En este mismo sentido y con similares contactos (Diego Sevilla era uno de ellos), también vemos a Tomás y Valiente dando clases en la Escuela Social de Valencia para el curso 1960-61, y en la Academia de San Raimundo de Peñafort⁶. Dar clases de Formación Política o en la Escuela Social completaba el reducido salario de adjunto, lo que le permitía la mínima independencia requerida para hacer carrera universitaria.

⁴ *Ibid.*

⁵ *Ibid.* Expediente de Profesor de Educación Política.

⁶ *Ibid.*

Su relación con el SEU, Tomás y Valiente la explica de otro modo a como se acaba de hacer. Él la plantea –varias veces en diversos textos– desde la inquietud personal por la vida pública y desde la intención de “cambiar el sistema desde dentro” (O.C., p. 8 y p. 5353). Pero la intención de “cambiar el sistema desde dentro” entiendo que debió ser, más bien, un proceso, al que probablemente le pasaba lo que decía Thompson de la formación de la clase obrera: que no amanece como el sol por la mañana, sino que se hace a golpe de experiencias, vivencias, borboteo de ideas y praxis... Entre estas experiencias y vivencias en Tomás creo que debemos registrar la maduración personal; la caída del ministerio Ruiz-Giménez y la evolución posterior de “Don Joaquín”, unida a la de quienes habían sido referentes como Laín, Tovar o Ridruejo, el plan de estabilización y los cambios que se presentaron desde finales de la década de los cincuenta y comienzo de los sesenta. En Tomás y Valiente debió influir, además, la realización de la tesis doctoral con Víctor Fairén Guillén, catedrático de derecho procesal, que era un profesor bien relacionado con juristas extranjeros y españoles exiliados como Niceto Alcalá-Zamora y Castillo y José María Ots Captequí⁷.

Pero sobre todo, si atendemos las consideraciones que a lo largo de su vida deja caer en algunos escritos, como de pasada, el cambio se debió a *su evolución personal*. “Los de mi edad” aprendieron a desaprender lo que habían aprendido de niños, jóvenes y universitarios, a mirar con nuevos ojos España y el mundo, a buscar por su cuenta sus reflexiones (O.C. p. 2293). Y ¿por qué no decirlo? También creo se debió a que su vinculación con el SEU era *light*: se anclaba a la trama burocrática del sindicato, no a la línea ideológica: mientras él le daba vueltas a Laín y a Ortega, otros seuistas (el joven estudiante de entonces, Salvador Salcedo, que acabó militante comunista no mucho después) se las daban a Ramiro Ledesma. Dentro del SEU había un abanico de matices y se amagaban evoluciones.

¿La inflexión? El mismo Tomás y Valiente le pone fecha: “a finales de los cincuenta comprendí que por aquel camino se iba a ninguna parte y abandoné toda actividad que no consistiera en la preparación de mi oposición a la cátedra de Historia del Derecho” (O.C. p. 8). En los primeros meses de 1960, dejó el Colegio Mayor. Una etapa de su vida llegaba a su fin: se prepara con rigor las oposiciones y se casa (1960) con Carmen Lanuza. Se inicia la segunda etapa, que podríamos considerar consolidada cuando se traslada a Madrid en 1963 y un año después a Salamanca como joven catedrático. De la estrategia de “cambiar el sistema desde dentro” fue desliziándose al *compromiso con la oposición anti-franquista*.

En 1994, cuando ya era una figura política de la democracia respetada, con ocasión de una noticia publicada por *Diario 16* en la que se “desvelaba” su pasado seuista (11 de agosto de 1994), contestó, reconociéndolo (nunca lo negó ni lo ocultó). “Fui director de un Colegio mayor del SEU... en Valencia en 1958, 1959 y parte de 1960. En mayo de 1967 y creo que con motivo de los XXV años de su fundación, se nos concedió la Medalla de Plata a quienes habíamos sido sus directores y quizás también a los de otros Colegios Mayores del SEU. No la acepté ni acudí al acto en que se repartieron. Como no obstante me la hicieron llegar, a través de otra persona, la rechacé por escrito y la devolví

⁷ Visitó a Ots, autoexiliado después de volver de Colombia, en Benimodo en dos ocasiones acompañado por Fairén, Mijaja de la Muela y Juan García González (O.C., 5463).

diciendo que, ‘si la medalla para algunos tiene un matiz político mi único modo posible de rechazar ese matiz es devolverla’. Ese fue, junto con la privación del pasaporte durante varios años de la década de los setenta y un expediente sancionador en 1973, las únicas distinciones que recibí del régimen anterior” (cit. en Clavero, 1997, p. 30)⁸.

El compromiso

En 1964, Tomás y Valiente tomó posesión de la cátedra de historia del derecho en Salamanca donde permaneció hasta 1980, en que, coincidiendo con el traslado a la Universidad Autónoma de Madrid, fue elegido magistrado y luego presidente del Tribunal Constitucional (1980-1992) y concluido el período volvió a la cátedra de Madrid hasta que ETA lo asesinó el 14 de febrero de 1996. Aquí nos interesan los años en que el joven y aún próximo estudiante con inquietudes y profesor ayudante y adjunto maduró política e intelectualmente y se convirtió en un profesor comprometido.

Tomás y Valiente, ya en Salamanca, se implicó personalmente desde un puesto notorio, el de catedrático, en el hacer pausado, sereno y constante que erosionaba cada día el mundo de la dictadura que aspiraba a superar. Lo hacía profesoralmente, desde el razonamiento de la cátedra y su trabajo como profesor en investigaciones, lecciones y direcciones de trabajos de investigación. Y también lo hizo con actos simbólicos, que se fueron intensificando a lo largo de la década de los sesenta y primeros setenta, actos que daban cuenta perfectamente dónde estaba Tomás, qué caminos ideológicos pisaba y frente a quien se hallaba. Importantes son ambas cuestiones. *a) Renovar el saber*, regenerarlo, abrirlo al mundo, era tan indispensable para superar el franquismo como las protestas que desde entonces se produjeron, aunque fuese una labor callada, poco visible. *b) Comprometerse* con el cambio, lo que significaba *participar en él*, no sólo estar informado y tener el deseo de la transformación política, sino implicarse.

Sobre la renovación del saber, el mismo Tomás y Valiente dejó escrito que algunos de sus primeros trabajos fueron “propuestos o impuestos por las circunstancias de mi formación y/o preparación” (*O.C.*, p. 9), como su tesis sobre el proceso monitorio. Curiosamente estos trabajos “impuestos” son los que publica antes de 1963. Desde ese año, y con mucho más empuje desde que es catedrático el año siguiente, se arriesga con nuevos temas que se unen metodológicamente a la renovación del saber, claves –los nuevos temas y las nuevas maneras de abordar la historia del derecho– que ya no abandonará (Clavero, 1996; Lorente, 2000). En cuanto al método, propuso una contextualización social del derecho y las instituciones incidiendo esencialmente en la historia del poder, su ejercicio y su praxis, y superó el método *normativista* de considerar que las instituciones son lo que las leyes y reglamentos dicen que son. En cuanto a los temas, sobrepasó la frontera de la alta edad media (la historia del derecho español se centraba en los visigodos y rara vez, en tiempos del primer franquismo, algún docente de la asignatura se atrevía a ultrapasar tan interesante como remota época). Pero Tomás y Valiente rompió estas tradiciones, cómodas y con

⁸ Se trata de la carta de 20 de septiembre de 1994 dirigida al director de *Diario 16*, publicada el 22, y donde se había publicado el 11 de agosto la “noticia” de la condecoración de 1967. La tardanza de más de un mes –lo explicaba la carta– se debía a su ausencia y a no haber advertido antes la noticia.

pocas fuentes. Se centró, desde los sesenta a finales de los setenta, en la edad moderna. Estudió las instituciones y el ejercicio del poder en el Antiguo régimen (los validos, ventas de oficios, cortes, Inquisición, derecho penal del Antiguo Régimen...) y de ahí, sin abandonar su especialidad como modernista, inició cerca de los años ochenta, un proceso de análisis de lo que en la época se conocía como la transición del feudalismo al capitalismo (el marco jurídico-social de las desamortizaciones y la revolución burguesa) o, más específicamente, la transición del absolutismo al liberalismo y el análisis del constitucionalismo, novedades rompedoras entre los profesores de historia del derecho, de lo que rinden cuenta su potente *Manual de historia del derecho español* (Tecnos, 1979) y “Génesis de la Constitución de 1812” (1996)⁹. La renovación del saber, en fin, se completaba con la formación de escuela o grupo de investigadores en historia del derecho en Salamanca y Madrid.

Pero también era importante la manifestación pública del compromiso, de la crítica a la dictadura. Como su capacidad científica, también la desarrolló ya sin inhibiciones y con audacia creciente desde la toma de posesión de la cátedra. Desde que se sintió independiente. Así, en marzo de 1965, todavía no había pasado un año desde que llegara a la ciudad de Tormes, asistió a la última clase de Tierno Galván, compañero de la misma facultad, que fue expedientado y separado de la cátedra, por apoyar la movilización de los estudiantes madrileños que reclamaban libertades. Cuando once años después volvió Tierno a la cátedra, en 1976, recordaba que el *viejo profesor* se despidió dando una clase a cientos de alumnos y que fueron a rendirle homenaje, entre los que había unos pocos profesores. No era fácil dar la cara en aquella dictadura que pasaba lista. Pero Tomás recuerda muy bien que Tierno señaló a los estudiantes lo *necesario* que es “la dignidad de vivir y obrar como hombres y no como ratas” (*O.C.*, p. 5218). En este mismo sentido, de asistencia a conferencias (o películas u obras de teatro) que perfilan la oposición democrática y visibilizan a los intelectuales críticos y otros grupos de personas, y a los que *asistir* era todo un lenguaje, se hallaba el foro de la Cátedra Pablo VI de Salamanca que, desde 1965, trataba temas como marxismo y cristianismo o el problema del ateísmo, y en los que participaban colegas como Luis S. Granjel o Carlos París y otros intelectuales como Julián Marías o Miret Magdalena. Tomás y Valiente, años después, registra el debate entre marxistas y cristianos como “confuso” y, de hecho, rechazó los sistemas cerrados de pensamiento. “Ningún sistema puede contener toda la lógica”, escribía siguiendo a Musil (*O.C.*, p. 13), o como dijo también años después, en una de sus intervenciones públicas de mayor lucidez, el discurso de apertura de curso en su Universidad (entonces la Autónoma de Madrid): “el hombre camina con frecuencia entre la certeza de poseer la fórmula (credo religioso, sistema filosófico) que todo lo explica, y el nihilismo pesimista e impotente. Rechacemos ambos extremos, Instalémonos en la perplejidad, concebida como un estado de tensión, según la feliz expresión de Javier Muguerza” (*O.C.*, 4758).

Gesto fue también el de dos años después, en mayo de 1967, como se ha indicado, rechazar la medalla de plata por haber sido director del ‘Alejandro Salazar’. Las posiciones estaban ya muy claras. En marzo de 1971 aún quedaron más diáfanas: en el contexto del proceso de Burgos de unos meses antes, y cuando la dictadura apretaba el acelerador de la represión que duró hasta su mismo final, pronunció una conferencia en la Universidad de

⁹ Reeditado en 2011 por Ugorti editores, con amplio estudio preliminar de Marta Lorente Sariñena (2011).

Salamanca sobre “La tortura judicial y sus posibles supervivencias”. No sólo era audaz, sino provocador. La conferencia se dio con la presencia de un policía que asistía como inspector (policía que luego, cuando era magistrado del Tribunal Constitucional se encargaba de la vigilancia de Tomás y Valiente cuando iba a Salamanca los fines de semana). La conferencia, por otro lado, acababa con una reflexión sobre el derecho y los límites del poder, donde se decía que la historia nos enseña que la tortura, principalmente, la han aplicado los Estados, aun estando abolida, para ejercer la represión política. “¿Habrà de ser siempre así?”, se preguntaba (*O.C.*, p. 889). Y no contento con la conferencia, en 1973 la editorial Ariel publicaba (algún aspecto fue censurado) un libro que era otra provocación: *La tortura judicial en España y sus posibles supervivencias*, donde se recogía la conferencia y otras investigaciones sobre la tortura en los siglos XVII y XVIII. Obvia decir que no era posible hablar de la tortura en la dictadura franquista, y los académicos comprometidos hacían como Tomás: hablaban de determinados temas vedados, pero no en presente de indicativo. Los lectores, cómplices, sabían entender perfectamente y captaban, además, todos los guiños.

Los gestos públicos que denotan el compromiso de Tomás y Valiente siguieron. En 1973, el mismo año que se publicaba el libro que se acababa de citar, en pleno punto álgido de la represión de la dictadura, Tomás y Valiente fue expedientado. La razón fue firmar una carta abierta en *El Adelanto de Salamanca* el 27 de octubre de ese año contra la política universitaria del ministro Julio Rodríguez Martínez, del gobierno Carrero, que pasará a la historia (además de por “el calendario juliano”) por su política de represión, servicios secretos y espionaje en las universidades, expedientes y expulsiones de universitarios. La carta tuvo cierto eco en la prensa española y a los firmantes (además de Tomás y Valiente, otros tres compañeros de Salamanca) les abrieron expediente sancionador que sólo la suerte evitó que culminara: el atentado que costó la vida a Carrero en diciembre de 1973 provocó un cambio de gobierno. El nuevo ministro de educación, con otro talante, sobreyó el expediente. Clavero sobre este hecho ha comentado que “por su postura de oposición, por su defensa de las libertades, arriesgó la expulsión de la Universidad cuando él y la familia no tenían más ingreso que el de la cátedra y afrontó además la situación sin mucha solidaridad de los compañeros de su nivel” (Clavero, 1996, p. 31). Precisamente uno de los pocos que le apoyaron en aquellas horas difíciles fue Manuel Broseta, asesinado también por ETA, y en cuyo libro de homenaje de 1995 escribía Tomás y Valiente del amigo: “Guardo la carta que Broseta me envió y recuerdo nuestras conversaciones de aquellos días. Ahora sólo quiero dejar constancia de que, en otro momento difícil, Manuel Broseta estuvo conmigo ofreciéndose a todo: a defenderme como abogado, tarea que otros muy ilustres y más precavidos colegas rechazaron; a prestarme dinero si se me privaba de la cátedra como parecía probable” (*O.C.*, p. 2477).

Por otro lado, Tomás y Valiente, como muchos hombres y mujeres de su generación tuvieron pronto conciencia de lo que planteaban científica y políticamente. En 1974, comentado un libro de Elías Díaz embrión de un texto clásico sobre la cultura española en los años de la dictadura, decía pertenecer a un “grupo generacional” que se caracterizaba “por su seriedad científica, más allá del ensayismo brillante pero superficial, su ideología democrática y su mentalidad crítica respecto al sistema establecido” (*O.C.*, p. 5194). Ese grupo se había fraguado en los cincuenta y primeros sesenta.

Creo que no es menester insistir más en el proceso de su evolución personal que va de las inquietudes al compromiso. Se podrían añadir los artículos de prensa que escribió en

los años de la transición, a partir de 1973, en *Andalán, Las Provincias, Diario 16* (etapa de Miguel Ángel Aguilar, 1976-80), *El País, La Vanguardia...* y no pocos trabajos de divulgación histórica y comentarios de libros de historia, filosofía o literatura en los que se convirtió en intelectual de la transición y acabó comprometido con el socialismo. En la campaña electoral de 1977 escribía en *El Adelanto*:

El socialismo en su raíz es una ética humanista. Parte de la elemental idea de que un hombre es igual a otro hombre, y de que ninguno tiene derecho a explotar o esclavizar a otros. El socialismo trata de que los bienes materiales y de carácter natural, y de los materiales y espirituales producidos por el hombre estén al alcance de todas las personas que componen la sociedad. La ética socialista condena la explotación de un hombre por otro, afirma que no es justo que subsista la miseria, porque ésta es suprimible; se escandaliza de que exista la ignorancia, porque todo hombre puede aprender y es capaz de saber y de gozar de la belleza y de la cultura; denuncia el derroche y la corrupción de unos pocos hombres, mientras otros –también hombres– carecen de un bienestar mínimo (*O.C.*, 5244).

TOMÁS Y VALIENTE, LA GENERACIÓN DEL 56 Y EL CAMBIO DE CULTURA POLÍTICA

Pero ¿qué tipo de cambios produjo la generación del 56 en la cultura política española? Creo que, esencialmente, uno: un cambio de rumbo (Juliá, 2009 y 2010; Mainer-Juliá, 2000, Gracia, 2006). La generación del 56, o al menos algunos de ellos como Tomás y Valiente, se plantearon reinventar la *facies* de la cultura política española, a la que le atribuían una tradición secular de intolerancias y violencias¹⁰. Se proponían superar integristas excluyentes y transformarlos en diálogo y tolerancia. Buscaban ya entonces muchos –no sólo los jóvenes– incluyendo del PCE de la “reconciliación nacional” de 1956, bases de las que partir juntos y transitar a la democracia de forma pacífica. El PCE en el manifiesto de reconciliación nacional de 1956 decía que una nueva generación que no vivió la guerra civil y que no compartía los odios y las pasiones de quienes en ella participaron estaba dispuesta a una nueva era política de reconciliación que acabase con “la división abierta por la guerra civil” (Declaración PCE, junio 1956 <<http://www.filosofia.org/his/h1956rn.htm>>). Algunos de los miembros de esta generación, cuando eran estudiantes y cuando eran catedráticos, buscaron construir nuevos modos de existencia, refundar la convivencia de los españoles, empezando por refundar la convivencia entre ellos mismos. “Era clara la conciencia de que era necesario enterrar el pasado”, han escrito, refiriéndose a la generación del 56, Sartorius y Alfaya (1999, p. 56.)¹¹.

¹⁰ Por cultura política entiendo, siguiendo la estela de Gabriel A. Almond y Sidney Verba, el conjunto de orientaciones que tienen las personas o los grupos sobre un sistema político y sus elementos así como las actitudes sobre el sistema y las formas de participación. Para el concepto cultura política, además de Almond y Verba, en Almond et al. (2007), Javier de Diego Romero (2006).

¹¹ La urgencia por salir de la dictadura, tal vez, arrastró a la generación que planteó el consenso de 1978, a la conciliación (más que “pasar página”, “arrancarla” escribirá Benjamín Prado, *Mala gente que camina*). La democracia nacía con la necesidad de “cancelar” responsabilidades, con intención de desmemoria. Sin embargo, la crítica que desde la actual crisis se hace a la transición no debe despreciar “los logros conquistados y tan difícilmente consolidados” (Gómez Bravo, 2009, p. 19.; también y más desarrollado en Threlfall, 2009).

Las complicidades las vimos nacer en el *Manifiesto* de febrero 1956. Consistían en buscar una “convivencia civil digna y estable”. Tomás lo dirá con estas palabras: “debemos conjurarnos para evitar que aquella tragedia [la guerra], ni algo a ella lejanamente parecido se repita nunca entre nosotros” (*O.C.*, p. 5474). Esto era un leitmotiv de muchos de ellos. Era un grito generacional reiterado: el primer número de *Cuadernos para el Diálogo* –toda una declaración de aquellas gentes dispuestas a cambiar el rumbo de la historia de España– se presentaba como una revista abierta “a todos los hombres de buena voluntad, hállese donde se hallen y vengan de donde vinieren, más atentos al fin de la marcha colectiva que el punto de procedencia” (*Cuadernos para el Diálogo*, 1, octubre 1963). Se trataba de superar la guerra, aquella tragedia que acarreó toda suerte de miserias materiales y morales, “la mayor locura que han cometido [los españoles] desde hace siglos”, dirá Tomás y Valiente parafraseando a Sánchez Albornoz, guerra que costó no sólo “muchas vidas”, sino además la causa de que se perdieran o se truncaran muchas cosas que “alteraron en la historia de este país” (*O.C.*, p. 5474).

El objetivo era reconstruir un nuevo rumbo que “se convirtiera en realidad y no en frustración” (*O.C.*, p. 4832). La experiencia republicana dado su desenlace, les hizo reflexionar. Aquella “hora de España” de 1931, se malogró y había que lograr en un futuro una nueva “hora de España” que resultase exitosa de una vez. Pensaba Tomás y Valiente que España iría mejor por otros caminos, y esta idea, compartida por hijos de *vencedores* y de *vencidos*, es la que cohesionó las antagónicas memorias históricas de herencia familiar que se forjaron en unos y otros. La mirada de Tomás y Valiente sobre la España de 1931-39 era crítica. Cuando ya maduro analizaba la República señalaba varios errores. Uno era la ingenua creencia de que las leyes transformaban la realidad *ipso facto* sin ponderar debidamente que el poder del Estado y del derecho coexisten con otros que resisten las leyes que introducen reformas; otro era el voluntarismo de pensar que se podían hacer todas la reformas a la vez, abriendo varios frentes como si las novedades políticas legisladas no pudiesen concitar alianzas y contrapoderes –como pasó– tan heteróclitos como temibles (*O.C.*, p. 2316).

La guerra, por otro lado, la concebía como una pesadilla social que había truncado millones de vidas y mostraba la incapacidad de diálogo de los conciudadanos, una incapacidad que era menester superar. Tomás aprovechaba cualquier ocasión para exponer esta miseria humana y el imperativo de superarla, como por ejemplo al comentar la novela de Delibes *La guerra de nuestros antepasados*, donde en un pequeño pueblo castellano la guerra rodea la vida de las gentes: es herencia, forma de vida y odio permanente entre las dos mitades del lugar (*O.C.*, p. 5206). Algunos universitarios de los cincuenta plantearon una cultura política nueva: no había otro camino que la negociación, el diálogo y el acuerdo. Tomás lo dijo varias veces, machaconamente. Buscaba una nueva hora de España, nuevos tiempos “que muchos queremos que sean pacíficos, libres e iniciadores de una convivencia democrática hasta ahora imposible” (*O.C.*, p. 5231). Nuevos tiempos guiados por “el apasionado deseo de reconciliación (paz, piedad, perdón) entre todos los españoles” (*O.C.*, p. 5481) y en los que se cree una verdadera *patria*, entendiendo por ella (lejos de la hipérbole franquista y de miradas historicistas) aquel país en el que todo ciudadano es partícipe de su soberanía y participa en el derecho, la justicia y la libertad (*O.C.*, p. 5483). La misma actitud crítica de sistemas de verdad-firme que tenía en sus concepciones filosóficas (“instalémonos en la perplejidad concebida como un estado de tensión...” hemos citado antes), mostraba en política. Sabía que el camino que debía tomar tenía un sentido, pero el trayecto debía acompañarse de tolerancia.

Tolerancia: “noción ésta última que entre los españoles suele tener mala acogida y escasos partidarios, porque unos la consideran sinónimo de debilidad o tibieza en la fe, otros como resultado de la carencia de convicciones firmes y más de uno como fruto del eclecticismo teórico cuando no de la falta de ideas claras”. Esta deficiencia en el “aparato institucional y el clima cultural para que la tolerancia fuese en España un hábito político colectivo” es la que debe corregirse: “conviene que vayamos adquiriéndolo [ese hábito], sin traicionar por ello firmes convicciones” (*O.C.*, 5262). Tolerancia, consenso, base de convivencia compartida por casi todos...

Esta etapa de emergencia democrática, que fue madurando a lo largo de los años sesenta y primeros setenta, culminó en los tres años que separan la muerte de Franco y la promulgación de la Constitución de 1978. En esos años, era menester insistir en el ya largo camino de búsqueda de soluciones para convivir. Tomás y Valiente explicó con su habitual claridad pocos meses antes de caer víctima de las balas de ETA que en esa operación de transición, no se podía actuar “como si los antecedentes y las circunstancias de la realidad abierta el 20 de noviembre de 1975 no existieran, o como si en lugar de historia hubiera vacío” (*O.C.*, p. 2441). Era cierto: la losa de plomo de la dictadura era muy fuerte. Pensar que se podía actuar entre 1975 y 1978 como si no existiese esta potencia, en el mejor de los supuestos era ingenuo, y en el peor estúpido. Los hombres de la transición –y Tomás es uno de ellos– siempre se apartaron de esa idea. La historia del país era la que era, y de ella había que partir. “Queríamos pasar de la dictadura a la democracia sin violencia. Esa fue la esencia de la transición, la fórmula unánime que subía desde abajo... El consenso no fue resultado de una misteriosa coincidencia, sino fruto del equilibrio de responsabilidades y de la convergencia de todos en un único propósito: el cambio profundo de régimen político de la dictadura a la democracia sin violencia, porque eso era lo que quería el pueblo” (*O.C.*, p. 2442). “Ni la libertad para todos ni la democracia son fruto de un día. Pero cada día hay que hacerlas realidad próxima”, escribía Tomás en 1976 (*O.C.*, p. 5620).

BIBLIOGRAFÍA

- ALMOND, G. A.; VERBA, S. (2007): “La cultura política” en: Almond, G. A. *et al.*, *Diez textos básicos de ciencia política*, Barcelona, Ariel, 171-201.
- ARTOLA GALLEGU, M. (1996): “Francisco Tomás y Valiente”, *Boletín de la Real Academia de la Historia*, 193/1, 1-12.
- ARTOLA GALLEGU, M. (1996): “Tomás y Valiente insólito”, *Claves de la razón práctica*, 62, 2-7.
- ARAZO, M. A. (2007): “Plaza la Virgen”, *Las Provincias*, 15/07/2007.
- BALDÓ, M. (2008): “De la cultura a la política: los estudiantes de la Universidad de Valencia 1957-1962”, *Ciencia y Academia. IX Congreso internacional de historia de las universidades hispánicas*, Valencia, Universitat de València, 121-137.
- CLAVERO, B. (1996): *Tomás y Valiente: una biografía intelectual*, Milán, Giuffrè Editore, XXXVI + 373 p.
- CLAVERO, B. (1997): “Tomás y Valiente insólito”, *Claves de la razón práctica*, 72, 41-48.
- CLAVERO, B. (1998): “Obras completas e incompletas”, *Revista Española de Derecho Constitucional*, 52, 287-294.
- CUCÓ, A., OLMOS, V., SOLER, V. (2005): “Entrevista a Alfons Cucó”, en: Colomines, A.; Olmos, V. (Eds.), *Pensar la contemporaneitat. Divuit converses sobre la història*, Catarroja-Barcelona-Palma, Afers, 361 p.

- DÍAZ, E. (2011): “Francisco Tomás y Valiente: intelectual, crítico y hombre de Estado”, *Sistema*, 223, 99-107.
- DÍAZ, E. (2010): “Entre social-demócratas (1956) y libertarios (1968)”, en: López Pina, A. (Ed.), *La generación del 56*, Madrid, Marcial Pons, 235-259.
- DÍAZ, E. (1983), *Pensamiento español en la era de Franco (1939-1975)*, Madrid, Tecnos, 219 p.
- DIEGO ROMERO, Javier de (2006): “El concepto de ‘cultura política’ en ciencia política y sus implicaciones en historia”, *Ayer*, 61, 233-266.
- FERNÁNDEZ BUEY, F. (1991): “Estudiantes y profesores universitarios contra Franco. De los sindicatos estudiantiles al movimiento de los profesores no numerarios”, en: Carreras, J. J.; Ruiz Carnicer, M. A. (Eds.), *La universidad española bajo el régimen de Franco (1939-1975)*, Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 469-496.
- GARCÍA PELAYO, M. (2009) [1959]: “Derecho constitucional comparado”, en: *Obras Completas*, Madrid, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 223-734.
- GÓMEZ BRAVO, G. (Coord.) (2009): *Conflicto y consenso en la transición española*, Madrid, Editorial Pablo Iglesias, 300 p.
- GRACIA, J. (2007): *El valor de la disidencia: epistolario inédito de Dionisio Ridruejo. 1933-1975*, Barcelona, Planeta, 588 p.
- GRACIA, J. (2006): *Estado y cultura: el despertar de una conciencia crítica bajo el franquismo, 1940-1062*, Barcelona, Anagrama, 238 p.
- GRACIA, J. (2004): *La resistencia silenciosa: fascismo y cultura en España*, Barcelona, Anagrama, 404 p.
- HERNÁNDEZ SANDOICA, E. (2008): “Estudiantes en la universidad española (1956-1975): cambio generacional y movilización antifranquista”, en: González Madrid, D. A. (Coord.), *El franquismo y la transición en España: desmitificación y reconstrucción de la memoria de una época*, Madrid, Catarata, 96-122.
- HERNÁNDEZ SANDOICA, E., RUIZ CARNICER, M. A., BALDÓ LACOMBA, M. (2007): *Estudiantes contra Franco (1939-1975): oposición política y movilización juvenil*, Madrid, La esfera de los libros, 507 p.
- JULIÁ, S. (2012): *Camarada Javier Pradera*, Barcelona, Galaxia Gutenberg/Círculo de Lectores.
- JULIÁ, S. (2011): *Elogio de la historia en tiempo de memoria*, Madrid, Marcial Pons, 238 p.
- JULIÁ, S. (2010): “¿Culturas o estrategias? Notas sobre la violencia política en la España reciente”, en: Rivera, A.; Carnicero Herreros, C. (Eds.), *Violencia política: historia, memoria y víctimas*, Madrid, Instituto universitario de historia social Valentín de Foronda (UPV/EHU)/ Maia, 167-190.
- JULIÁ, S. (2009): “Transición antes de la transición”, en: Gómez Bravo, G. (Coord.), *Conflicto y consenso en la transición española*, Madrid, Editorial Pablo Iglesias, 21-38.
- JULIÁ, S. (2006): “Memoria: historia y política de un pasado de guerra y dictadura”, en: Juliá, S. (Dir.), *Memoria de la guerra y del franquismo*, Madrid, Fundación Pablo Iglesias/Taurus, 27-77.
- JULIÁ, S. (2004): *Historia de las dos Españas*, Madrid, Taurus, 562 p.
- LECCADI, C. y FEIXÀ, C. (2011): “El concepto generación en las teorías sobre la juventud”, *Última década*, 34, 42-50.
- LÓPEZ PINA, A. (Ed.) (2010): *La generación del 56*, Madrid, Marcial Pons, 378 p.
- LORENTE SARIÑENA, M. (2011): “Anotaciones a una autobiografía”, en: Tomás y Valiente, F., *Génesis de la Constitución de 1812*, Madrid, Ugortí Editores, CXXX + 160 p.
- LORENTE SARIÑENA, M. (2000): “Historia del Derecho y sentido común: la obra de Francisco Tomás y Valiente y el oficio de historiador”, *Historia Social*, 38, 141-160.
- LORENTE SARIÑENA, M. (1996): “Historia como compromiso: F. Tomás y Valiente y el oficio de historiador”, *Jueces para la Democracia*, 25, 3-8.
- MAINER, J. C., JULIÁ, S. (2000): *El aprendizaje de la libertad, 1973-1986*, Madrid, Alianza, 292 p.
- MANNHEIM, K. (1993 [1928]): “El problema de las generaciones”, *Revista española de investigaciones sociológicas*, 62, 193-242.

- MARÍAS, J. (1996 [1976]): *La España real*, Madrid, Espasa-Calpe, 772 p.
- MESA, R. (Ed.) (2006): *Jaraneros y alborotadores*, Madrid, Editorial Complutense, 2ª edición, 390 p.
- MORODO, R. (2010), “Las paredes de nuestra jaula: memoria de los años cincuenta”, en: López Pina, A. (Ed.), *La generación del 56*, Madrid, Marcial Pons, 259-285.
- MÚGICA HERGOZ, E.: “Una generación para la democracia”, en: López Pina, A. (Ed.), *La generación del 56*, Madrid, Marcial Pons, 179-193.
- MÚGICA HERGOZ, E.: *Itinerario hacia la libertad*, Barcelona, Plaza y Janés, 1986, 256 p.
- MUÑOZ-SORO, J. (2009): “La oposición antifranquista y la memoria de la guerra civil”, en *Congreso Internacional 1939 México-España*, México DF-Morelia. <http://www.cihde.es/congresos/congreso-internacional-1939-mexico-y-espana/javier-munoz-soro>
- PRADERA, J. (2010): “Una nueva visión de la guerra civil”, en: López Pina, A. (Ed.): *La generación del 56*, Madrid, Marcial Pons, 193-215.
- THRELFALL, M.: “Una reevaluación del papel de las organizaciones de la sociedad civil en la transición”, en: Gómez Bravo, G. (Coord.), *Conflicto y consenso en la transición española*, Madrid, Editorial Pablo Iglesias, 135-196.
- RODRÍGUEZ TEJADA, S. (2009): *Zonas de libertad: dictadura y movimiento estudiantil en la Universidad de Valencia*, 2 v., Valencia, Universitat de València, 489, 493 p.
- RUIZ CARNICER, M. A. (1996): *El Sindicato Español Universitario (SEU), 1939-1965: la socialización política de la juventud universitaria en el franquismo*, Madrid, Siglo XXI, 531 p.
- SARTORIUS, N.; ALFAYA, J. (1999): *La memoria insumisa: sobre la dictadura de Franco*, Madrid, Espasa-Calpe, 1999, 436 p.
- SEMPRÚN, J. (2010): “Una explosión inconformista y libertaria”, en: López Pina, A. (Ed.), *La generación del 56*, Madrid, Marcial Pons, 167-179.
- TIERNO GALVÁN, E. (1981): *Cabos sueltos*, Barcelona, Bruguera, 698 p.
- TOMÁS Y VALIENTE, F. (1997): *Obras Completas*, Madrid, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 5506 p. [se cita O.C.].
- YSÀS, P. (2004): *Disidencia y subversión. La lucha del régimen franquista por su supervivencia, 1960-1975*, Barcelona, Crítica, 324 p.

